

CHICOMOZTOC O EL NOROESTE MESOAMERICANO

MARIE-ARETI HERS

En vista de una próxima remodelación del Museo Nacional de Antropología, diversos especialistas han revisado el problema de las relaciones entre Mesoamérica y el norte de México.¹ En esa misma perspectiva, presento aquí una síntesis de los logros alcanzados en ese campo para la parte más septentrional de Mesoamérica, a lo largo de la Sierra Madre Occidental.

El Septentrión de los nómadas y el de los mesoamericanos

Analizar las relaciones entre Mesoamérica y los pueblos que vivían en el Norte, más allá de su frontera en el siglo XVI, significa romper el círculo de una visión desmedidamente centralista del pasado. Este avance es el fruto de numerosos trabajos arqueológicos realizados a lo largo de las últimas tres décadas y de la publicación de estudios históricos que han permitido, sobre todo, despejar definitivamente la muy antigua confusión acerca del término *chichimeca* empleado en las fuentes históricas.

Ahora podemos distinguir claramente cuándo el término se refiere al grado de desarrollo de ciertos pueblos y cuándo se refiere al origen geográfico de otros.² De ese modo, a veces las fuentes históricas designan con el término de chichimecas a los pueblos nómadas, cazadores-recolectores, y a veces se usa este mismo término para precisar el origen septentrional de numerosos pueblos agricultores y sedentarios. En este último caso, se trata de poblaciones cuyos antecesores habían colonizado tierras norteñas en fechas muy tempranas, unos desde alrededor de 500 a.C. y otros desde el principio de nuestra era. Por razones diversas y aún mal definidas, a lo largo de casi medio milenio, desde el Epiclásico hasta finales del Postclásico Temprano, olas migra-

¹ Federica Sodi Miranda, coord., 1990.

² Carlos Martínez Marín, 1962; Leonardo Manrique, 1977; Marie-Areti Hers, 1989a, pp. 189-197.

torias sucesivas de mesoamericanos nortños abandonaron esos territorios que fueron recuperados por los nómadas y se establecieron en los valles centrales.

Aparentemente la ambigüedad del término *chichimeca* se remonta al Postclásico Tardío. El *qui pro quo* habría sido favorecido por el hecho de que para fechas cercanas a la llegada de los españoles la frontera había terminado su formidable contracción hacia el sur y el Septentrión se había vuelto exclusivamente tierra de nómadas. El origen nortño de gran parte de la población del Centro se hacía cada vez más remoto y mítico.³ En ciertas fuentes históricas, ser originario del Norte llegó así a ser sinónimo de nómada, mientras que otras fuentes no dejaban de advertir sobre esa perniciosa confusión.⁴ Después de la pérdida efectiva del territorio septentrional, Mesoamérica iba perdiendo también el recuerdo de su propia historia en esas latitudes. Sólo recientemente, la arqueología permitió reconocer la amplitud considerable de ese territorio perdido siglos antes de la Conquista y empezar a reconstituir la larga y compleja historia que se desarrolló allí.⁵

El primer beneficio que aportó la aclaración entre los dos géneros de *chichimeca* es que quedó descartado el "milagro mexica", que resultaba ser una aberración antropológica y que solamente malabarismos teóricos lograban explicar. Ese "milagro" pretendía trazar la evolución vertiginosa e inverosímil de un pueblo supuestamente nómada, cazador, recolector y pescador, en uno sedentario, agricultor y urbano. Durante miles de años, ese pueblo habría vivido en el estado de simbiosis con la naturaleza propio de los nómadas, se habría desplazado según el ritmo de las estaciones y habría alcanzado un notable conocimiento del medio natural del cual dependía completamente su subsistencia como depredador. De repente, el mexica habría abandonado su modo de vida tradicional y estaría ansioso de civilizarse, de posesionarse de tierras ocupadas por sedentarios, de transformarse en agricultor, chinampero, constructor de pirámides, diques y acueductos, y fundador de un imperio tributario. Ahora resulta claro que no ocurrió tal metamorfosis sino que se trata de una de las poblaciones plena-

³ Hay que notar al respecto que, aún en la actualidad, estudiosos interesados en recalcar los aspectos míticos de las fuentes históricas indígenas siguen manteniendo la antigua confusión entre cazadores-recolectores nómadas y agricultores en migración procedentes del Norte, en la misma medida en que no se preocupan por confrontar datos históricos y arqueológicos. Ver, por ejemplo, Michel Graulich, 1984.

⁴ Marie-Areti Hers, en prensa-a y 1988a.

⁵ Beatriz Braniff, 1974; 1975 y en prensa.

mente mesoamericanas que en su tierra de origen en el Noroeste había pertenecido a la esfera de influencia tolteca, aunque aún no se ha determinado con seguridad la localización precisa del legendario Aztlán.

Otro beneficio, mayor aún, de esa reapreciación del Septentrión mesoamericano es una percepción más inteligente de las fuentes históricas indígenas de tradición náhuatl. En efecto, anteriormente, el esplendor irradiante de la metrópoli teotihuacana aparecía como el único antecedente significativo para el Postclásico Temprano en el Centro. El aporte de los pueblos históricos nortños, reivindicado en las fuentes, aparecía en las interpretaciones arqueológicas como nulo o poco relevante, ya que supuestamente estos inmigrantes habrían sido bárbaros, y estarían ávidos de asimilarse a la alta civilización del Centro.

Las migraciones: datos arqueológicos y fuentes históricas

Al percatarnos paulatinamente de que un amplio territorio en el norte había sido efectivamente ocupado por poblaciones mesoamericanas durante el Clásico y aún antes, podemos ahora compartir el punto de vista de los historiadores indígenas que por lo general eran descendientes de los que procedieron del Norte. Para ellos, la historia no arrancaba con el esplendor del universo teotihuacano, del que sus antepasados no habían participado en absoluto o solamente de manera indirecta. La historia previa a su migración hacia el Centro había ocurrido en los confines nortños. En casos excepcionales como el texto sahguntino,⁶ la tradición histórica se remonta a la época previa a la colonización de esas tierras por movimientos migratorios muy antiguos en sentido contrario, de sur a norte. Según el punto de vista de los historiadores indígenas, lo que la arqueología considera generalmente la periferia se transforma así en el núcleo original, el margen se vuelve origen, el Septentrión mesoamericano se presenta como la matriz de los pueblos que fueron actores decisivos del Postclásico en el Centro. Estos mismos pueblos fueron los que conceptualizaron la historia antigua tal como nos ha sido transmitida en el siglo XVI.

En esa historia, la imagen de Chicomoztoc como una cueva en forma de matriz sintetiza las reflexiones históricas de los pueblos sobre

⁶ Fr. Bernardino de Sahagún, 1969, vol. III, pp. 208-214.

sus migraciones, mientras que de su pasado más remoto, cuando aún vivían en el Septentrión, no conservaron más que el hecho fundamental de su expulsión, de su nacimiento a la historia a partir de ese desprendimiento del Norte. Para nosotros, como arqueólogos, se trata de una formidable contracción territorial, de la pérdida de extensiones considerables de tierra. Los historiadores indígenas, por su parte, reflexionaron sobre ese destino trágico, común a numerosos pueblos, y crearon una imagen que revierte ese fenómeno negativo en otro, positivo, que significa una especie de nacimiento.

No se trata, por supuesto, de negar la herencia teotihuacana persistente en el Postclásico pero sí de dar su lugar al Septentrión en la conformación de esa etapa histórica, con las profundas consecuencias que tuvieron las migraciones desde el norte hacia el centro, y de reconocer de ese modo que el testimonio de los historiadores antiguos no es únicamente una deformación provocada por un punto de vista netamente etnocéntrico.

Hace treinta años, la expansión de la frontera hacia el norte solía fecharse en épocas tardías, en el Clásico final o en el Postclásico Temprano. Se suponía que había sido el fruto de impulsos nacidos en Teotihuacan o en Tula. Ahora sabemos que se remonta al principio de nuestra era para la parte más septentrional, y hacia 500 antes de nuestra era para la parte central. Más allá de los impulsos colonizadores iniciales y decisivos, de los cuales sabemos aún muy poco, la historia del Septentrión aparece como un desarrollo esencialmente local, relativamente autónomo del Centro y ciertamente más complejo que lo que dejaba entrever una visión sumamente centralista de la historia. Necesitamos definir las diversas entidades espacio-temporales que existieron en el Norte y dejar de considerarlo únicamente de modo global. Es más, el avance de los trabajos arqueológicos nos permite afinar las comparaciones entre datos arqueológicos e históricos e intentar identificar las diversas culturas que florecieron en esos confines con la de los pueblos que en oleadas migratorias sucesivas llegaron a los valles centrales. De ese modo, podemos apreciar con mayor exactitud cuál fue en cada caso la participación de esos inmigrantes en la conformación de la nueva era cultural. Con ese enfoque, he pretendido precisar el origen arqueológico de los tolteca-chichimecas reportados en las fuentes históricas como los fundadores de Tula, junto con los nonoalcas.⁷

⁷ Marie-Areti Hers, 1988b y 1989a.

Retomando ideas de numerosos precursores en el estudio de ese campo —unos por cierto desde el siglo XVI y otros modernos, entre los cuales destaca Wigberto Jiménez Moreno— propongo reconocer en la más septentrional de las culturas mesoamericanas la del primer grupo norteco que logró imponerse políticamente en el Centro, paradigma del inmigrante exitoso, del norteco fundador de imperios. Se trataría de los moradores de la vertiente oriental de la Sierra Madre Occidental, quienes en el siglo noveno habrían abandonado esas tierras, replegándose hacia el sur, a donde habrían llegado para fundar Tula en forma conjunta con otras etnias.

Caracterización de la cultura Chalchihuites

Mi punto de partida fue mi participación en el Proyecto Sierra del Nayar de la Misión Arqueológica Belga, que realizó una serie de recorridos de superficie en los alrededores de la población actual de Huejuquilla el Alto, en los estados de Jalisco y Zacatecas, y varias temporadas de excavaciones en el Cerro del Huistle, próximo a esa población.⁸ Para ubicar nuestros hallazgos en su contexto regional, tuve que emprender una revisión historiográfica crítica de los materiales disponibles sobre la cultura a la cual perteneció la zona estudiada. Llegué así a retomar la idea de una sola unidad cultural que abarcara la vertiente este de la Sierra Madre Occidental, desde el norte de Durango hasta el sur de Zacatecas y parte del noreste de Jalisco. Su nombre, la cultura Chalchihuites, provenía del nombre de una villa en el extremo noroeste de Zacatecas alrededor de la cual Manuel Gamio realizó, en la primera década de nuestra siglo, los primeros trabajos arqueológicos sistemáticos en el Septentrión.⁹

La idea de una sola cultura Chalchihuites siguió vigente, hasta que en los años setenta un grupo de investigadores descartó implícitamente tal unidad y reservó el uso del término para un territorio restringido al noroeste de Zacatecas y en el valle de Guadiana, en el extremo sur de Durango, donde realizaron la mayor parte de sus trabajos, que resultaron capitales para el avance de la arqueología en esas regiones. Acuñaron los términos de culturas Loma San Gabriel, Malpaso, Bola-

⁸ Marie-Areti Hers y Annick Daneels, 1988.

⁹ Manuel Gamio, 1910.

ños-Juchipila, para las otras partes de lo que antes se había considerado como una sola unidad.¹⁰

Sin embargo, esas proposiciones no vinieron acompañadas de una definición coherente de cada una de esas supuestas entidades espacio-temporales ni de una refutación explícita de la existencia de una gran unidad regional que distingue la cultura que se desarrolló en el piedemonte oriental de la Sierra Madre Occidental de todas las otras del Septentrión mesoamericano. Para evitar confusiones alrededor del término de cultura Chalchihuites, *stricto sensu* o *lato sensu*, se ha propuesto buscar otra denominación,¹¹ aunque aún no hay consenso al respecto entre los especialistas del área.¹²

El malestar causado por esas "culturas en espera de una definición" proviene ante todo de la grave carencia de informaciones arqueológicas para gran parte de ese territorio y, en particular, de una premisa que resultó errónea. En efecto, se creía en ese entonces que el sitio mayor de La Quemada había florecido después del abandono de la mayoría de los sitios de la cultura Chalchihuites *stricto sensu*. Actualmente, quedó establecido que La Quemada es contemporáneo a los otros sitios Chalchihuites y que también fue abandonado por los mesoamericanos en el siglo noveno. A mi parecer, las subdivisiones pertinentes que podremos reconocer en el tiempo y en el espacio para precisar la historia de esa amplia comarca a lo largo de la cordillera, se irán conformando al ritmo mismo del avance de los trabajos y necesitarán en cada caso de una definición explícita y fundamentada. Mientras se logra ese avance, podemos distinguir del modo siguiente la gran unidad regional otrora llamada cultura Chalchihuites *lato sensu* en el contexto general de la Mesoamérica Septentrional.

Además de las marcadas afinidades en los materiales cerámicos y líticos, la unidad se traduce sobre todo por similitudes en el patrón de asentamiento, tales como la dispersión de la población en aldeas pequeñas y la importancia decisiva de los sistemas defensivos, tanto en la ubicación de los sitios como en su organización interna y sus interrelaciones.

¹⁰ J. Charles Kelley, 1971 y Phil C. Weigand, 1978. El título mismo de esas síntesis es revelador. Por una parte se sigue considerando globalmente la historia antigua del piedemonte oriental de la Sierra Madre Occidental pero por otra parte se designa ese territorio con el nombre de las entidades políticas actuales a las cuales corresponde.

¹¹ J. Charles Kelley, 1990, p. 11.

¹² Eventualmente, se podría designar esa entidad con uno de los nombres antiguos del Chichimecapan. El de Tlacoachcalco, la Casa de los Dardos, podría convenir en virtud del belicismo que singulariza a esa cultura nortena fronteriza.

Los pobladores de esa comarca adoptaron fórmulas diversas para aprovechar el relieve y protegerse de un peligro latente de ataques mortíferos.¹³ El patrón de asentamiento nos revela así una vida sumamente belicosa a lo largo de toda la historia de los mesoamericanos en esos confines.

Además, vestigios de la exposición pública de trofeos humanos nos indican un alto grado de ritualización de la actividad guerrera, enfocada en adquirir víctimas para el sacrificio humano. Paralelamente, peculiaridades en la arquitectura ceremonial destacan el papel del guerrero en la vida religiosa y política.

Finalmente, la mayor parte de los asentamientos son humildes aldeas menores de una hectárea o pequeños pueblos que no cubren más de dos hectáreas. Los sitios mayores, de unas quince hectáreas o más, son escasos, y cada uno parece haber dominado una zona restringida. En su organización interna se presentan más como conglomerados de aldeas que como centros urbanos. Citemos, por ejemplo, Hervideros y Schroeder-Herrería en Durango, Alta Vista y Cerro Montedehuma en Zacatecas. La imponente acrópolis de La Quemada parece haber sido un caso diferente, como veremos adelante. La belicosidad, la ritualización de la guerra y la atomización de la población en aldeas autónomas están estrechamente relacionadas entre sí y tienen que ser aprehendidas conjuntamente.

La marcada belicosidad parece ser el producto directo de la configuración misma del territorio y de la localización fronteriza. Su largo flanco oriental estaba bordeado por tierras impenetrables para los agricultores en razón de su aridez y quedaba de esa manera a merced del hostigamiento eventual de los únicos grupos capaces de vivir en ese medio inhóspito, grupos nómadas que escapaban así al control de sus vecinos sedentarios.¹⁴ A esa presión externa, se añadía una situa-

¹³ Entre los más diversos sistemas defensivos, citemos en primer lugar los asentamientos de ocupación permanente ubicados en mesetas aisladas. Luego tenemos los sitios defensivos en lugares escarpados cerca de los ríos perennes, pero lejos de las tierras de cultivo, ocupados probablemente sólo durante la temporada seca, cuando las veredas de la sierra son transitables y permiten la infiltración de grupos enemigos. Esas fortalezas naturales de ocupación semi-permanente eran ocupadas en alternancia con sitios indefensos cercanos a las tierras de cultivo, propios de la temporada de lluvias. A veces la configuración del terreno no ofrecía más que refugios temporales a los cuales acudían en caso de necesidad apremiante los pobladores de un conjunto de sitios abiertos cercanos. Finalmente encontramos los refugios temporales muy exigüos, contiguos a ranchos dispersos y reservados a las familias que ocupaban cada uno de ellos.

¹⁴ En el flanco occidental que corresponde al corazón mismo de la cordillera y a su vertiente oeste, ignoramos aún lo que ocurrió por falta de trabajos arqueológicos.

ción interna sumamente inestable porque la extensión considerable de esa larga tira y el relieve serrano sumamente accidentado constituían un obstáculo considerable para cualquier tipo de control militar sobre una población aldeana que se había aguerrido durante su empresa colonizadora inicial, luego a lo largo de su enfrentamiento latente con los nómadas y al mismo tiempo por sus luchas entre ellos mismos.

Tales circunstancias fueron particularmente adversas al desarrollo de formaciones estatales fuertes, capaces de dominar un territorio importante. En efecto, para legitimar su poder, cualquier grupo dominante necesitaba sobre todo asegurar la protección de sus súbditos, lo que era sumamente azaroso sobre territorios extensos. Por otra parte, las aglomeraciones mayores parecen haber nacido precisamente de la necesidad que tenían los pobladores de unirse para protegerse y no de actividades generadoras de vida urbana. Así, por lo menos, podría interpretarse el hecho de que los sitios mayores aparecen, en general, como un conglomerado de aldeas que no acabaron de fraguarse en asentamientos urbanizados.

El alto grado de ritualización de la guerra se relaciona precisamente con la ausencia de formaciones estatales desarrolladas y con la autonomía de las aldeas. No solamente la esfera de control de los sitios mayores parece haber sido muy reducida sino además existieron amplias zonas carentes de todo asentamiento dominante, como es el caso de la de Huejuquilla el Alto, por ejemplo. La dicotomía entre zonas con jerarquía marcada entre los sitios y otras de aspecto igualitario representa un problema esencial para entender el pasado de la comarca. Algunos autores lo han interpretado como la existencia de diferencias culturales y eventualmente étnicas, y lo expresaron con la idea de "cultura Chalchihuites *versus* cultura Loma San Gabriel".¹⁵ El asunto, a mi parecer, es más complejo y amerita a la vez mayor acopio de datos al mismo tiempo que la revisión de nuestros conceptos sobre la guerra y, en particular, de la llamada "guerra florida" en su contexto religioso y político.¹⁶

En el centro del problema encontramos el tipo de guerra contra la cual los pobladores habían organizado sus asentamientos. Se trata de ataques repentinos, imprevisibles, y de corta duración por parte de grupos reducidos. Parecen, así, haber sido sobre todo *razzias* de pillaje

¹⁵ Michael Foster, 1985.

¹⁶ Marie-Areti Hers, 1989b.

y no guerras de conquista para apoderarse de territorios o para subyugar una población; guerras de guerrillas y no de posiciones en las cuales, por lo menos en su origen, deben haber tenido participación los pueblos nómadas autóctonos. Frente a problemas de seguridad de esa naturaleza, los medios de control con los cuales podían contar las formaciones estatales mesoamericanas habrían tenido efectos muy limitados. Recordemos al respecto las dificultades considerables que encontraron en el siglo XVI los nuevos colonizadores del Septentrión, los españoles y sus aliados mesoamericanos, para dominar a las poblaciones nómadas, a pesar de todo el apoyo que recibían del trono español y de su innegable superioridad tecnológica.

El radio de acción de las entidades políticas que tenían su sede en los sitios Chalchihuites más importantes no parece haber sido mayor al corto territorio sobre el cual lograban controlar con efectividad militarmente. En efecto, en zonas carentes de sitios dominantes, como es el caso de la zona de Huejuquilla el Alto, constatamos que las aldeas reunían tres niveles de autonomía: la militar, la comercial y la administrativa.

En lo militar, cada asentamiento contaba con su sistema defensivo propio, al extremo de que existían refugios tan exigüos que no podían abrigar más que a una simple familia. La jerarquía que se nota en el tamaño de los asentamientos parece deberse a los recursos que ofrecía cada lugar y no al dominio de un pueblo sobre aldeas circundantes, ya que los aldeanos habían resuelto de modo independiente su problema de seguridad.

En lo comercial, es notable el hecho de que en los ajuares funerarios de esos aldeanos abundan objetos de lujo, como son los ornamentos de concha marina y los de turquesa. Aparecen también entre ellos, procedentes de la costa, objetos de cobre y piezas de cerámica alógena. De fuentes lejanas, les llegaba también la obsidiana, en particular, los grandes cuchillos. Por otra parte, no faltaban los diferentes tipos de objetos decorados con la refinada pintura del pseudo-cloisonné. Se trata de vasijas de barro, de jícaras pero también de cueros o telas, unos recubriendo los difuntos y otros doblados y depositados a su lado. La presencia de esos objetos decorados al pseudo-cloisonné se debe quizá al comercio o a artesanos que dominaban esa técnica tan sofisticada y que, eventualmente, eran itinerantes.¹⁷

¹⁷ Marie-Areti Hers, 1983.

En lo administrativo, lograron organizarse para realizar comunitariamente obras de grandes proporciones, como son las múltiples terrazas que protegen los asentamientos contra la erosión en el relieve escarpado y las impresionantes fortificaciones que completan los dispositivos naturales de defensa contra los enemigos. Además, se tienen indicios de que habrían logrado también organizarse para explotar los placeres del río Chapalagana y quizás abrir minas.¹⁸

La fuerza centrífuga de las aldeas autónomas, aunada al estado latente de guerra, representaba un grave peligro para la supervivencia misma de la población. En ausencia de estados consolidados que hubieran podido controlar los conflictos y asegurar la paz interna, esos aguerridos fronterizos hubieran podido quedar sumergidos en su propia violencia si la religión no hubiera logrado encauzarla de dos modos distintos.¹⁹ Por una parte, se dio, en alto grado, una ritualización de la actividad guerrera, al encaminarla hacia la obtención de víctimas para el sacrificio humano como se deduce de la presencia de empalizadas de cráneos o *tzompantli*, como veremos más adelante. Por otra parte, parece que, a veces, se recurría a la vía alterna del juego de pelota para resolver ciertos conflictos bélicos a juzgar por la ubicación de ciertas canchas en los lugares donde acudía precisamente la población para refugiarse en caso de ataques.²⁰

Desde esta perspectiva, he retomado la antigua identificación de La Quemada con el santuario legendario de Chicomoztoc. Habría sido un santuario al cual, como lo reportan los informantes de Sahagún,²¹ acudían pueblos diversos a consultar a la divinidad. Habría sido un

¹⁸ Esos indicios consisten en la presencia de un sitio importante en Zocota, al fondo de la barranca, en un lugar extremadamente inhóspito en el cual desde por lo menos el siglo XVIII ha habido intentos de explotar vetas de minerales, todos fallidos por la lejanía de las poblaciones agrícolas. Además, una serie de sitios se distribuye a lo largo de la única vereda que lleva desde ese establecimiento hasta la otra vertiente de una montaña en la cual se encuentra el conjunto más cercano de sitios propios para una vida agrícola. Ese contacto tangible entre los dos conjuntos de establecimientos sugiere que una misma población ocupaba la vertiente fértil en la temporada de las aguas y explotaba los minerales en la seca, cuando era factible circular e instalarse en el lado agreste de Zocota. Para más detalles sobre el patrón de asentamiento de la zona de Huejuquilla, ver Claudine Deltour *et al.* (en prensa). Para la actividad minera en la zona de Chalchihuites, ver Phil C. Weigand, 1982.

¹⁹ En este sentido, coincido con el punto de vista de René Girard de considerar la función social esencial de la religión como manejo y control de la violencia humana (ver, por ejemplo, Girard, 1986).

²⁰ Marie-Areti Hers, 1989b, pp. 51-52, fig. 6.

²¹ Sahagún, 1969, vol. III, pp. 212-213.

oráculo al estilo del panhelénico de Delfos, en donde se resolvían asuntos de guerra y de paz, además de otros más prosaicos relativos a las cosechas y a la vida privada. Oráculos similares persistieron en la Sierra Madre Occidental hasta bien entrada la época colonial, como el cora de la Mesa del Nayar y el huichol de Tenzompa.²²

Fundamento mi hipótesis, por una parte, en el hecho de que la calidad y la importancia de las construcciones en La Quemada no corresponden aparentemente a los recursos propios de sus inmediaciones ya que el Valle de Malpaso no es una zona particularmente hospitalaria; al contrario, padece uno de los niveles pluviométricos más bajos y erráticos de la comarca Chalchihuites; por otra parte, al examinar su plano, podemos reconocer cuatro partes bien distintas. La loma amurallada del noreste protegía a la población local en casos de necesidad.²³ Las partes residenciales ocupaban quizás las vertientes terraceadas. Al pie del cerro, el conjunto ceremonial más imponente de toda la comarca Chalchihuites, con su amplia avenida, su patio colosal, su famosa Sala de las Columnas, el gran juego de pelota y la llamada Pirámide Votiva, habrían conformado la parte destinada a las ceremonias comunitarias, lugares abiertos a los fieles que acudían al lugar.

Arriba, en la acrópolis, la cuarta parte del asentamiento está compuesto por una serie de espacios ceremoniales que siguen, con algunas variantes, el mismo plano que reúne un patio hundido, un altar central, un pequeño templo sobre basamento y una sala muy amplia. Cada uno de esos conjuntos necesitó de trabajos considerables de ingeniería para ganar espacios a los precipicios. Tales espacios no fueron aprovechados para levantar los palacios o los edificios administrativos que supuestamente debían encontrarse en la parte mejor protegida del sitio, sino sobre todo para esos conjuntos ceremoniales similares entre sí. Según mi hipótesis, éstos habrían constituido el recinto propio de cada uno de los pueblos que acudían a La Quemada, no como tributarios de un estado desarrollado, sino como participantes en un tipo de confederación político-religiosa bajo la forma de un oráculo que permitía controlar en cierta medida una situación militar sumamente inestable y asegurar, a través de esa unidad religiosa, la supervi-

²² Marie-Areti Hers, 1977 y 1982.

²³ En esa parte amurallada se encuentra un pequeño juego de pelota que, por su ubicación sorprendente en el lugar donde la gente se refugia en los momentos de peligros más apremiantes, podría haber sido una de esas canchas en donde los asuntos de la guerra se dirimían por la vía alterna del juego: Marie-Areti Hers, 1989b, p. 51, fig. 6d.

vencia de la comarca fronteriza. Regresaremos más adelante a analizar las formas peculiares de esa arquitectura ceremonial.

Antes de precisar cuáles son los elementos de esa cultura nortea que me han permitido identificarla con la de los tolteca-chichimecas que emigraron a Tula, es necesario ubicarnos en el tiempo. El desarrollo de esa cultura tuvo lugar durante los nueve primeros siglos de nuestra era. En el siglo noveno, por razones indeterminadas, parte importante del territorio fue abandonado por los mesoamericanos (como las zonas de Alta Vista, Cerro Montedehuma, Cerro del Huistle, La Quemada) y vuelto a ocupar por grupos nómadas como los que hallaron en esos parajes los españoles (sobre todo, zacatecos).

En la parte duranguena la presencia mesoamericana perduró unos siglos más gracias a la penetración desde la costa de Sinaloa del llamado Complejo Aztatlán. Por falta de trabajos arqueológicos, ignoramos aún si hubo o no continuación en la ocupación, si la presencia Aztatlán prolongó simplemente la presencia mesoamericana o si fue el fruto de una recuperación del territorio.

En el sur del estado de Zacatecas, los españoles y sus aliados hallaron importantes poblaciones sedentarias de cazcanes pero todavía no disponemos de datos arqueológicos relativos a la ocupación de esos parajes en los últimos siglos antes de la conquista.

La cultura Chalchihuites y los tolteca-chichimecas

Los elementos que sustentan mi identificación de los portadores de la cultura Chalchihuites con los tolteca-chichimecas son esencialmente tres; cada uno está relacionado con el misticismo guerrero tan peculiar de esos fronterizos: una figura escultórica que prefigura la del *chac mool*, la exposición pública de trofeos corporales humanos en empalizadas o *tzompantli* y una singular sala parcialmente a cielo abierto.

En el Cerro del Huistle, a la entrada de un humilde templo, se hallaron dos piedras esculpidas, más esquemática una que otra. Sin embargo, a pesar de su simplicidad, se logra reconocer lo que se pretendía representar: un personaje humano que se singulariza por su postura extraña, acostado sobre la espalda, los miembros recogidos, la cabeza erguida, la cara al cielo, los ojos al firmamento y la boca abierta.²⁴ Como no existe en esa comarca una tradición escultórica de crear

²⁴ Marie-Areti Hers, 1989a, cap. III y figs. 7-12.

imágenes en piedra, he supuesto que esa figura se inspira directamente en una realidad compartida por todos los asistentes al lugar, en un rito de suma importancia durante el cual un personaje destacado se encontraba, sin poder sostenerse en pie, quizás bajo los efectos de alguna sustancia. En el momento culminante del acto, el personaje se recoge para hablar, para transmitir un mensaje divino, tal como lo hace en un oráculo el oficiante poseído por la divinidad.

Trabajos arqueológicos futuros tal vez confirmen esa hipótesis de la existencia y la importancia de los oráculos en la cultura Chalchihuites, similares a los que existieron en la Sierra Madre Occidental todavía en la época colonial. Por ahora, podemos notar que la postura tan singular que se representó en esas piezas es similar a la de la figura del *chac mool*, característica de la cultura tolteca. Además, como en el caso del *chac mool* tolteca, la imagen está asociada aquí también a *tzompantli*.

En el mismo conjunto ceremonial del templo con las esculturas, que se fecha entre 550 y 900 de nuestra era, se hallaron evidencias de varias empalizadas de las cuales se habían suspendido para su exposición pública cabezas humanas y partes corporales. Una adornaba la fachada de una construcción aporricada, dos de ellas cerraban, cada una, el lado sur de dos plazas contiguas, otras dos flanqueaban el templo con las esculturas y una más ocupaba el interior de un pequeño templo. Evidencias similares de exposición de trofeos humanos han sido hallados en Alta Vista y en La Quemada.²⁵

Su presencia en un simple pueblo de dos hectáreas como el Huistle, en una zona carente de asentamiento dominante, refuerza lo que hemos dicho en relación con la autonomía de la población aldeana de todo poder estatal y contradice la idea general que se tenía de que la "guerra florida", destinada a proveerse de víctimas para el sacrificio humano, era una práctica propia de estados militaristas en expansión. Al respecto, es pertinente recordar la vigencia de la guerra florida entre grupos aldeanos de la sierra todavía en la época colonial, como ocurrió entre los coras y los huaynamotecas en Nayarit y entre los acaxeos y los xixime en Sinaloa.²⁶ Esa práctica religiosa está relacionada quizás con un culto a Tezcatlipoca en esas latitudes durante el Clásico.²⁷

En la Mesoamérica Nuclear la exposición pública de los trofeos humanos como patrimonio de toda la comunidad y no de individuos

²⁵ *Ibid.*, cap. IV y figs. 13-15 y 17; Ellen Abbott Kelley, 1978.

²⁶ P. Antonio Arias y Saavedra, 1974 y Luis González R., 1980.

²⁷ Thomas Holien y Robert B. Pickering, 1978.

particulares representa una innovación introducida por los habitantes de Tula, y las empalizadas levantadas para ese propósito fueron representadas en relieves que adornaban tanto los basamentos que aparentemente sostenían esos *tzompantli* como unos altares con función distinta. En el ejemplo de la plataforma para *tzompantli* de Chichén Itzá, vemos que, del mismo modo que en el Norte, las cabezas eran atravesadas verticalmente en el vértex y no horizontalmente por las sienes, como acostumbraban hacerlo los mexica.

La primera característica de la arquitectura ceremonial Chalchihuites que salta a la vista de cualquier mesoamericanista es la ausencia de la pirámide o, por lo menos, su uso muy restringido y sus dimensiones modestas. Esa singularidad se debe probablemente a que el papel del sacerdote se veía opacado por el del guerrero en una sociedad tan decididamente belicosa. De la aldea a los sitios mayores, los espacios ceremoniales predominantes no son, en efecto, aquellos en los cuales penetraban unos cuantos intercesores sacerdotales para aislarse en su comunicación privilegiada con la divinidad sino los grandes espacios que abrigaban importantes concentraciones de personas: los patios y las amplias salas.²⁸ Cuando se combinan esos dos elementos en una sola construcción se conforma una estructura sumamente peculiar, la llamada Sala de las Columnas. No es un aposento hipóstilo —que los hay comúnmente en la arquitectura Chalchihuites— sino un patio central cuadrangular a cielo abierto rodeado por un corredor aporricado que, curiosamente, no lleva a ninguna parte; es pues un claustro cerrado sobre sí mismo. Tal forma no está dictada por necesidades prácticas; responde a exigencias rituales particulares. Se trataba de reunir a un conjunto numeroso de personas, de aislarlo de la vista de los demás pero, al mismo tiempo, de dejarlo bajo los rayos del sol.

Esa forma arquitectónica es común en el territorio Chalchihuites y se remonta a sus orígenes. En la Mesoamérica Nuclear figura entre las innovaciones toltecas. Aparece, por ejemplo, en el Palacio Quemado de Tula, en el cual se alinean tres de esas salas-claustros, y en el Chichén Itzá maya-tolteca el llamado Mercado es el mejor conservado de la docena de construcciones similares.²⁹ Ignoramos los detalles de los rituales que dieron lugar a esa forma singular. Aparentemente estuvieron ligados al sacrificio humano y a la actividad guerrera. Podemos considerarla como el emblema por excelencia de esa cultura fronteri-

²⁸ Marie-Arlet Hers, 1989a, cap. V, figs. 24 y 25; en prensa-b.

²⁹ Alfred M. Tozzer, 1957, vol. XI, pp. 79-89, figs. 52 a 55.

za, del mismo modo que la catedral gótica sintetiza la esencia de la ciudad medieval. Refleja la cosmología de esos seres fronterizos.

En esa medida, es pertinente compararla con el espacio sagrado de sus vecinos más cercanos, los de la llamada tradición Teuchitlán que floreció en los alrededores del volcán de Tequila. Esta penetró en la Sierra Madre Occidental, a lo largo del río Mezquitic-Bolaños, en el tiempo en que se desarrollaba la cultura Chalchihuites. Esa tradición se singulariza ante todo por su espectacular arquitectura ceremonial organizada en círculos: la pirámide central tronco-cónica, la plaza redonda y la banqueta circular que la encierra.³⁰ En la arquitectura, están plasmadas así concepciones muy diversas del universo por parte de poblaciones vecinas, quizás antagónicas en la medida en que, como lo advierte Phil C. Weigand, la migración hacia el sur en el siglo noveno de una parte de la población Chalchihuites podría relacionarse con la desintegración de la Tradición Teuchitlán.

Los tolteca-chichimecas en Tula

En resumen, el hipotético proto-*chac mool*, el *tzompantli* y la sala-claustro, estrechamente relacionados entre sí y frutos del misticismo guerrero exacerbado que marcó la historia de los confines mesoamericanos hasta el siglo noveno, son los elementos que sugieren que esos fronterizos son los que emigraron hacia el centro para llegar a fundar la poderosa Tula en asociación con los nonoalca históricos.

Tentativamente, ubicaría la llegada de esos nortños a Tula durante la fase Corral en que se funda Tula Chico y surge el estado tolteca a partir de la alianza entre poblaciones muy diversas.³¹ Sin embargo, hay que recalcar al respecto que el inicio en Tula de los tres elementos que sustentan mi identificación aún no ha sido situado en el desarrollo de Tula. Para comprobar la validez de mi hipótesis sería necesario que trabajos más amplios en el área de Tula Chico nos confirmasen que estos elementos aparecieron efectivamente en la fase Corral.

De esa manera, se tendrían que distinguir dos inmigraciones en la región de Tula procedentes del norte: la primera, en el siglo octavo, originaria del Bajío, correspondería a la fase Prado, y la segunda, durante la fase Corral, en el siglo noveno (entre 850 y 900 d.C.), sería el

³⁰ Phil C. Weigand, 1990.

³¹ Alba Guadalupe Mastache y Robert H. Cobean, 1989, pp. 61-64.

resultado de ese abandono por parte de los mesoamericanos de una porción considerable del territorio Chalchihuites. La primera oleada habría sido de gente de habla otomí,³² y la segunda de habla náhuatl emparentada con los cazcanes históricos.³³

En esa perspectiva, podemos reconocer que la llegada de esos nortños tuvo un impacto decisivo en la organización militar, política y religiosa del breve imperio tolteca y podríamos traducir su gentilicio, aparentemente paradójico, de tolteca-chichimeca por el concepto actual de mesoamericanos septentrionales.

Los tolteca-chichimecas y el Complejo Aztatlán

Si la hipotética identificación de esos fronterizos con los inmigrantes tolteca-chichimecas encontrara comprobación en nuevos datos arqueológicos y viéramos así confirmada la importante participación de esa población en la creación de un estado tolteca, poderoso y pluriétnico, podríamos considerar otra participación más de los tolteca-chichimecas en la escena de las relaciones entre la Mesoamérica Nuclear y su Septentrión. En efecto, cuando vivían aún en los confines del mundo mesoamericano, los tolteca-chichimecas de cultura Chalchihuites tenían relaciones constantes con las poblaciones que ocupaban la otra vertiente de la Sierra Madre Occidental y la costa del Pacífico. Esas regiones formaban parte integrante del universo que conocían, que recorrían y con el cual comerciaban.

Al migrar a los valles centrales, trajeron consigo esos conocimientos geográficos y esos intereses geopolíticos, mientras que hasta ese entonces los pueblos del Centro habían vivido aparentemente sin contacto con el lejano Noroeste. La voluntad de reanudar relaciones con sus antiguos vecinos costños y acaso de recuperar parte del territorio perdido en el Altiplano Central, penetrando desde la costa, podría haber sido uno de los motores decisivos de ese fenómeno tan sorprendente: la evidencia de relaciones directas a pesar de las distancias considerables entre el Centro y todo el corredor del Complejo Aztatlán, durante el Postclásico Temprano. Esas relaciones a distancias muy grandes, junto con la gran unidad cultural regional del Occidente en esa época y la expansión de su territorio hasta el río Fuerte, constitu-

³² *Ibid.*, p. 64.

³³ Wigberto Jiménez Moreno, 1959, p. 1052 y Pedro Armillas, 1964, p. 69.

yen los aspectos más sobresalientes de esa etapa cultural aún tan mal conocida que llamamos Complejo Aztatlán.³⁴

*Apuntes para la renovación de la sala del Norte
del Museo Nacional de Antropología*

En conclusión, reconozco que gran parte de lo que he expresado se encuentra aún en calidad de hipótesis por comprobar y, por lo tanto, difícilmente podría ser tomado en consideración en una nueva presentación museográfica. Sin embargo, los puntos esenciales a retener para tal efecto, serían, a mi parecer, los siguientes:

1. La existencia de dos septentriones distintos, el de los nómadas y el de los mesoamericanos. Es bien sabido que en el México antiguo la diferencia entre esos dos modos de vida nunca llegó a ser tajante. Sin embargo, en el Septentrión es necesario diferenciar por una parte un desarrollo autóctono de los cazadores recolectores que se prolonga aún más allá de la llegada de los españoles y, por otra, una historia mesoamericana relativamente breve, entrecortada por migraciones y fluctuaciones considerables de la frontera. En ambos casos, tenemos movimientos de poblaciones, pero son de naturaleza muy distinta.

La característica principal de la historia del Norte de México es precisamente que ese paso de la predación a la producción nunca fue irreversible como ocurrió en la Mesoamérica Nuclear. Al contrario, a lo largo de los siglos, hubo una serie de avances y retrocesos de esos dos modos de vida. Aún, en nuestros días, las poblaciones fantasmas del Norte atestiguan la fragilidad del paso a la vida civilizada que, en esas latitudes, nunca ha sido completamente definitivo.

2. La influencia que tuvo cada uno de los grupos nómadas en el modo de vida de los fronterizos mesoamericanos fue muy diversa según los lugares, las épocas y las características propias de cada uno de los pueblos presentes en ambos lados de esa frontera cultural. Las relaciones entre nómadas y sedentarios variaron así considerablemente, desde el enfrentamiento latente hasta las relaciones pacíficas. Por otra parte, ya no se puede considerar la vida de los nómadas como un estadio inferior, transitorio hacia la vida sedentaria de los productores, sino otra muy distinta con su propia sabiduría. Para una presentación museográfica, es pertinente reconocer que actualmente podemos ser

³⁴ J. Charles Kelley (en prensa) y Marie-Areti Hers (en prensa-c).

más sensibles que hace treinta años a las enseñanzas que encierran los largos milenios de vida nómada en simbiosis con la naturaleza, en vista de las hondas preocupaciones que sacuden nuestra sociedad por sus relaciones con el medio ambiente.

3. Es necesario distinguir en el Septentrión mesoamericano diversas entidades espacio-temporales históricamente coherentes, como serían, entre otras, la del piedemonte oriental de la Sierra Madre Occidental, al cual se le daría el nombre antiguo de cultura Chalchihuites, el de Tlacoachcalco o cualquier otro que se considere más adecuado.

4. Los movimientos migratorios tuvieron una importancia decisiva en la historia del Septentrión y éstos representan un desafío metodológico para poder detectarlos y reconstruirlos a través de los datos arqueológicos, comparándolos eventualmente con las fuentes históricas. Debido precisamente a ese papel de las migraciones en su historia, el Septentrión se distingue por un desarrollo mucho más breve, marcado por intrusiones abruptas y abandonos completos de territorios extensos.

5. Es pertinente subrayar que las fuentes históricas indígenas pertenecen en su mayoría a la tradición de los pueblos que vivieron en el norte y luego lo abandonaron desde el Epiclásico hasta finales del Postclásico Temprano. Por lo tanto, recuerdan los hechos históricos desde una perspectiva no centralista; al contrario, enfatizan la importancia de ese Septentrión y de su abandono, que originó las oleadas de inmigrantes en los valles centrales.

6. Hay que notar además que en algunas de esas fuentes históricas del Postclásico Tardío se empezó a confundir la imagen de los pueblos mesoamericanos en sus migraciones por las tierras del norte con la de los pueblos nómadas que, en esas fechas tardías, habían quedado como únicos habitantes del Septentrión.

7. Existen notables coincidencias entre el testimonio de las fuentes históricas y los datos arqueológicos relativos al Septentrión. En particular, es factible identificar arqueológicamente algunos de los pueblos históricos procedentes del norte, como es el caso de los portadores de la cultura Chalchihuites, que serían los tolteca-chichimecas antes de su migración hacia Tula.

8. Una nueva museografía tendría que presentar aspectos más diversificados que el de la simple producción alfarera. En el caso de la cultura Chalchihuites, se podrían exponer los aspectos que más la singularizan y la definen como un modo de vida propiamente fronterizo. Se podría, por lo tanto, ejemplificar los tipos de asentamientos, las pe-

cularidades de la arquitectura, la especificidad de la iconografía, algunos aspectos de la economía, como sería el comercio de la turquesa, la actividad minera, los intercambios con la costa (adornos de concha marina, objetos de cobre, figurillas de barro). El papel de la guerra en su vida cotidiana quedaría evidenciado con el ejemplo de diversos sitios defensivos y su impacto en la organización sociopolítica, y en la religión quedaría reflejado con elementos de *tzompantli*. Sería pertinente también recalcar otras manifestaciones culturales como las observaciones astronómicas³⁵ o el arte de la pintura al pseudo-cloisonné.³⁶

9. Finalmente, al mismo tiempo que se reconocerá que no se puede entender esa frontera cultural septentrional sin tomar en cuenta las dos caras de la medalla, la de los mesoamericanos y la de los nómadas, es necesario también dejar constancia del medio geográfico. En efecto, esa frontera fluctuante en el tiempo y en el espacio separa precisamente dos modos distintos de integrarse al medio ambiente.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbott Kelley, Ellen, "The Temple of the Skulls at Alta Vista, Chalchihuites", pp. 102-126 en Carrol L. Riley y Basil C. Hedrick, eds., *Across the Chichimec Sea; Papers in Honor of J. Charles Kelley*, Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville, Feffer and Simons, Inc., London and Amsterdam, 1978.
- Arias y Saavedra, P. Antonio de, "Información rendida acerca del estado de la Sierra del Nayarit y sobre el culto idolátrico, el gobierno y las costumbres primitivas de los coras", apéndice en Salvador Gutiérrez Contreras, *Los coras y el rey Nayarit*, pp. 217-241, Compostela, Nayarit, 1974.
- Armillas, Pedro, "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de México", pp. 62-82, en *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*, Madrid, 1964.
- Braniff, Beatriz, "Oscilación de la frontera septentrional de Mesoamérica", pp. 40-50, en Betty Bell, ed., *The Archaeology of West Mexico*, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente, Ajijic, Jalisco, 1974.
- , "Arqueología del Norte de México", pp. 217-272, en *Pueblos y señoríos teocráticos; el periodo de las ciudades urbanas*, Primera Parte (México: Panorama Histórico-cultural), SEP-INAH, México, 1975.
- , "Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo", *Arqueología* (Boletín de la Subdirección de Estudios Arqueológicos), 6, Instituto Nacional de Antropología e Historia, (en prensa).

³⁵ J. Charles Kelley, 1976.

³⁶ Thomas E. Holien (microfilm); y Marie-Areti Hers, 1983.

- Deltour, Claudine, ed., *L'architecture des villages préhispaniques dans la Sierra del Nayar*, (Publications d'Histoire de l'Art et d'Archéologie, t. LX-LXI), Université Catholique de Louvain, Louvain, (en prensa).
- Foster, Michael, "The Loma San Gabriel Occupation of Zacatecas and Durango", in Michael Foster y Phil C. Weigand, eds., *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Westview Press, Boulder and London, 1985.
- Gamio, Manuel, "Los monumentos arqueológicos de las inmediaciones de Chalchihuites, Zacatecas", *Anales del Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía*, época 3, t. II, pp. 469-492, México, 1910.
- Girard, René, *La violencia y lo sagrado*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1986.
- González R., Luis, "Una etnografía acaxee de Hernando de Santarén", *Tlaloacan*, vol. VIII, pp. 355-396, Instituto de Investigaciones Históricas e Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.
- Graulich, Michel, "Aspects mythiques des pérégrinations mexicas", *The Native Sources and the History of the Valley of Mexico*, Jacqueline de Durand Forest, ed., (Proceedings of the 44th International Congress of Americanists, BAR International Series, 204), Oxford, 1984.
- Hers, Marie-Areti, "Los coras en la época de la expulsión jesuita", *Historia Mexicana*, vol. XXVII, pp. 17-48, El Colegio de México, 1977.
- , "Santuarios huicholes en la Sierra de Tenzompa, Jalisco", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 50, pp. 35-41, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.
- , "La pintura pseudocloisonné, una manifestación temprana en la cultura Chalchihuites", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 53, pp. 25-39, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.
- , "Chicomoztoc y la Mesoamérica Marginal", pp. 7-19, *Historia, Leyendas y Mitos de México: su expresión en el arte* (XI Coloquio Internacional de Historia del Arte, México D.F., 1986), Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1988a.
- , "Caracterización de la cultura Chalchihuites", pp. 23-38, en *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México; Memoria* (Querétaro, noviembre de 1985), Centro Regional de Querétaro (Cuaderno de Trabajo, 1), Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988b.
- , *Los toltecas en tierras chichimecas*, (Cuadernos de Historia del Arte, 35), Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989a.
- , "¿Existió la cultura Loma San Gabriel? El caso de Hervideros, Durango", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 60, pp. 33-57, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989b.
- , "Los tolteca chichimeca y el concepto de Mesoamérica", en *Validez teórica del Concepto de Mesoamérica, XIX Mesa Redonda* (Querétaro, agosto de 1985), Sociedad Mexicana de Antropología, Querétaro, (en prensa-a).
- , "Las salas de las columnas de La Quemada", en *Arqueología del Occidente y Norte de México; reunión en homenaje al Dr. J. Charles Kelley* (Zacatecas, septiembre de 1986), Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, (en prensa-b).

- , "Los confines noroccidentales de Mesoamérica", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, coords., *Historia Antigua de México*, (en prensa-c).
- y Annick Daneels, "La Misión Arqueológica Belga en México", pp. 81-101, en Carlos García Mora, coord. gral., *La Antropología en México, Panorama histórico*, vol. VIII (Las organizaciones y las revistas), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1988.
- Holien, Thomas, *Mesoamerican Pseudo-cloisonné and Other Decorative Investments*, Ph. D. 1977, Southern Illinois University at Carbondale, (microfilm).
- and Robert B. Pickering, "Analogues in Classic Period Chalchihuites Culture to Late Mesoamerican Ceremonialism", pp. 145-157, en Esther Pasztory, ed., *Middle Classic Mesoamerica: A.D. 400-700*, Columbia University Press, New York, 1978.
- Jiménez Moreno, Wigberto, "Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica", pp. 1019-1108, en Carmen Cook de Leonard, ed., *Esplendor del México Antiguo*, t. II, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, México, 1959.
- Kelley, J. Charles, "Archaeology of the Northern Frontier: Zacatecas and Durango", en Robert Wauchope, ed., *Handbook of Middle American Indians*, vol. 11 part 2, pp. 768-801, University of Texas Press, Austin, 1971.
- , "Alta Vista: Outpost of Mesoamerican Empire on the Tropic of Cancer", t. I, pp. 21-40, en *Las fronteras de Mesoamérica*, XIV Mesa Redonda (Tegucigalpa, 1975), Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1976.
- , "The Classic Epoch in the Chalchihuites Culture of the State of Zacatecas", pp. 11-14, en Amalia Cardós de Méndez, coord., *La época clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.
- , "Hypothetical Functioning of the Major Postclassic Trade System of West and Northwest Mexico", en *El Occidente de México*, XVIII Mesa Redonda (Taxco, 1983), Sociedad Mexicana de Antropología, México, (en prensa).
- Manrique, Leonardo, "Breve historia de los mexicanos; análisis y explicación de la historia que nos ha transmitido Sahagún", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXIII-2, pp. 271-315, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1977.
- Martínez Marín, Carlos, "La cultura de los mexicas durante la migración; nuevas ideas", *Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, t. II, pp. 113-123; México, 1962.
- Mastache, Alba Guadalupe and Robert H. Cobean, "The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State", in Richard A. Diehl and Janet Catherine Berlo, eds., *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan A.D. 700-900*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C., 1989.
- Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia General de las cosas de Nueva España*, con numeración, anotaciones y apéndices de Angel María Caribay K., Editorial Porrúa (Biblioteca Porrúa, 8-11), México, 1969.
- Sodi Miranda, Federica, coord., *Mesoamérica y Norte de México; siglos IX-XII; Seminario de arqueología Wigberto Jiménez Moreno*, Museo Nacional de Antropología e Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1990.

- Tozzer, Alfred M., *Chichén Itzá and Its Cenote of Sacrifice; a Comparative Study of Contemporaneous Maya and Toltecs*, (Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. XI y XII), Harvard University, Cambridge, 1957.
- Weigand, Phil C., "La prehistoria del estado de Zacatecas, una interpretación", *Anuario de Historia*, 1, pp. 203-248, Departamento de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, 1978.
- , "Mining and Mineral Trade in Prehispanic Zacatecas", *Anthropology*, 6, 1-2, pp. 87-134, Department of Anthropology, State University of New York at Stony Brook, New York, 1982.
- , "The Teuchitlán Tradition of Western Mesoamerica", pp. 25-54 en Amalia Cardós de Méndez, coord., *La época clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología, México, 1990.